

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 266

25 cts.



**CONFESIÓN
TARDIA**

POR

Lionel Barrymore
de Catalunya



D. S. ABRAMSON

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 266

CONFESIÓN TARDÍA

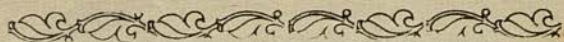
(I AM THE MAN, 1924)
Interesantísima comedia cinematográfica basada en la película del mismo título, magistralmente interpretada por los geniales artistas

LIONEL BARRYMORE, SEENA OWEN,
etc.

Exclusivas FÉNIX

Rambla de Cataluña, 46 - Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ROBERT FRAZER



CONFESIÓN TARDÍA

Argumento de la película

En la amplia sala de un Tribunal de Justicia, se celebraba el final de un juicio oral, que desde los primeros días había conmovido a la opinión pública, por ser el acusado una alta personalidad financiera y política.

Los jueces, insensibles en el desempeño de sus funciones, oían atentos el discurso de la defensa, que trataba inútilmente de enternecer con sus palabras el corazón de los que formaban el jurado, para obtener el fallo absolutorio de su defendido, el cual, abatido por la inmensidad de su desgracia, permanecía, desde el principio, con la cabeza entre las manos, procurando ocultar la vergüenza y el dolor que le producía el verse sentado en el banquillo de los acusados, sin poder demostrar su inocencia.

A su lado, procuraba consolarlo con sus caricias su hija Julita Calvert, preciosa joven de alma valerosa y templada a los vaivenes de la vida, que cifraba toda la ilusión de su hermo-

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

sa juventud en el amor de su padre, de cuya inocencia no dudaba, y en el de su prometido, Daniel Harrington, que actuaba de defensor en aquella causa y que, a pesar de ser uno de los abogados más jóvenes, había conseguido ya una sólida reputación en el foro.

Había terminado Harrington su brillante discurso, y el Tribunal, después de una detenida deliberación, volvió a salir, para declarar el fallo condenatorio, por malversación de fondos, del procesado Calvert.

Daniel Harrington, el más convencido de todos de la inocencia del padre de su novia, ante la resolución de los jueces volvió a pedir la palabra, para decir:

—En vista del fallo recaído sobre mi defendido, continúo siendo fiador del acusado, mientras le es impuesta la sentencia correspondiente.

Perdidas sus últimas esperanzas y con el alma destrozada por la amargura, padre e hija abandonaron aquella siniestra sala, donde varios hombres, humanos como todos, pretendían considerarse infalibles por vestir aquellas negras túnicas, bajo las cuales un corazón palpitaba con las mismas pasiones de ambición y servilismo que el de los demás seres.

Ya cerca de la puerta los alcanzó Daniel y, estrechando entre sus brazos a Calvert, le dijo:

—Ya ha visto que he hecho lo que humanamente ha sido posible. Ahora el único que puede impedir que se cumpla la sentencia es Jaime Mac Quade.

El nombre del odiado enemigo hirió con tal

fuerza al desgraciado Calvert, que protestó enérgicamente:

—Rechazo la protección de Mac Quade. No sólo es mi rival político, sino que, además, estoy seguro de que él es quien me ha tendido este lazo en el que, inconscientemente, he caído.

En efecto, aquel mismo día, algunas horas más tarde de la celebración del juicio, Jaime Mac Quade, hombre ambicioso y sin escrúpulos, conocedor de todos los resortes y recursos de la baja política, que había conseguido, con tan provechosas cualidades, ser la persona más influente y poderosa de la localidad, recibía la visita de Roberto Gibbon, íntimo amigo y cómplice suyo en todos los manejos, más o menos honorables, para conseguir la supremacía política de la región, y que le dijo:

—Al fin nos vemos libres de Calvert. El jurado acaba de condenarle.

Y cuando los dos miserables gozaban con su triunfo, que había destruido la vida de un ser inocente, se presentó Calvert que, atendiendo a los consejos de su abogado, accedió finalmente a aquella humillación.

Le expuso el objeto de su visita, rogándole una explicación que dejara libre de toda mancha su honra, y Mac Quade, después de oír tranquilamente el relato de su desgracia, le contestó cínicamente:

—En el mundo todo es negocio, oferta y demanda, usted me pide su rehabilitación y yo se la ofrezco... pero bajo condiciones... Hace

tiempo que estoy enamorado de su hija. Déme usted su mano a cambio de su libertad.

Aquella infame proposición de vender, pues-to que no otra era la palabra, a su hija adorada a aquel miserable, sublevó de tal manera a Calvert que, sin pensar que sus palabras confir-maban la ejecución de la sentencia, exclamó:

—¿Mi hija esposa de un hombre como us-ted? ¡Nunca! ¡Prefiero morir en la cárcel!

—Eso, usted verá lo que le conviene. Yo he dicho mi última palabra — repuso el jefe polí-tico, dándole a entender que había dado por concluída aquella conversación.

Mientras tanto, en la morada del inocente procesado, en aquella casa en la que durante tanto tiempo reinaron la paz y la felicidad como únicas dueñas y señoras, ya que fué cobijo de un amor puro y leal, Julia rechazaba, con la nobleza propia de su alma, la idea de su boda con Daniel, diciéndole:

—Ya no es posible que nos casemos, Daniel. Sobre tu limpia vida no debe caer la mancha de mi deshonra.

—Pero ¡si yo soy el primer convencido de la inocencia de tu padre! — le respondió su prome-tido, tratando de convencerla. — Sé que es víctima de sus enemigos políticos y no descansaré hasta poder rehabilitarlo.

No obstante el infinito amor que sentía por Daniel, la joven se resistía, anteponiendo la fe-licidad de su amado a la suya propia, cuando en-tró su padre, que contestó a la mirada inter-rogativa de los dos enamorados:

—Ese bandido tuvo la audacia de solicitar tu mano a cambio de mi libertad. Nunca sospeché que pudiera hacerme tal proposición.

—Yo sí — repuso su hija —. Mac Quade me propuso repetidas veces el matrimonio. Pero yo lo rechacé siempre, porque solamente a Daniel amaba y amo.

Y acercándose a su prometido, que oía aque-lla conversación sin poder sospechar cuál se-ría su final, le dijo, poniendo en sus palabras todo el amor que por él sentía:

—Es preciso, Daniel, sacrificarse. De nuestro sacrificio dependen la libertad y rehabilitación de mi padre.

Convencida de que no hacía otra cosa que cumplir con su deber de hija, Julia, con el co-razón traspasado de dolor, se dirigió a casa de Mac Quade para comprar la libertad de su pa-dre con su propia libertad; pero al verse fren-te a aquel miserable, al sentir posarse sobre ella aquella cínica mirada de ave de rapiña, sintió que le faltaban las fuerzas para llevar a cabo su inmenso sacrificio. Sin embargo, hizo un nuevo esfuerzo y le dijo, rehusando la mano que le ofrecía: :

—Habéis prometido a mi padre la rehabi-litación a cambio de mi mano, y yo vengo a ofrecéroslo, si mi padre es absuelto.

Y la pobre muchacha, como inocente palo-ma en poder del gavilán, sintió estremecerse todo su cuerpo de asco y repugnancia, al notar cerca de ella al hombre odiado, que pretendía acariciarla; pero la terrible visión de su padre

encarcelado devolvió a Julia el valor que un momento le faltara, y bajó la cabeza, sometida al peso de su tremenda desgracia.

*
**

Transcurrieron dos años, después de verificar-se el matrimonio de Mac Quade y Julia. que



—Es preciso, Daniel, sacrificarse.

entre los dos esposos se establecieron otras relaciones que las meramente necesarias para cubrir las apariencias sociales, y la infeliz mujer, encerrada en su jaula de oro, veía deslizarse su vida en triste monotonía, sin poder olvidar el gran amor de su vida.

Huyendo todo lo posible el trato con su esposo, sólo acudía a él cuando, como en esta ocasión, se trataba de enmendar alguno de sus yerros y pedir clemencia para el desgraciado que había caído bajo sus garras. Acababa de leer una carta que había recibido, y se la entregó a su marido diciéndole: :

—¿Me darás gusto accediendo a la petición de esta carta?

Cogió Mac Quade la misiva que le ofrecía su esposa, y leyó, sin darle importancia al principio de la misma, hasta llegar al último párrafo que decía:

...En atención a todo lo expuesto, le ruego encarecidamente solicite del señor Mac Quade que mi marido sea repuesto en el cargo que ocupaba.

Si así lo hace, le vivirá eternamente agradecida su servidora

María Ryan

Arrojó sobre la mesa la carta que acababa de leer y exclamó, negándose a la petición de su esposa:

—Ya te di gusto ayudando a tu amigo Harrington a obtener el acta de diputado por el distrito de Alorca, y me produjo muchas contrariedades. No estoy dispuesto a que el caso se repita.

—Está bien — repuso Julia, a la vez que se alejaba —. Yo te prometo que no te daré ninguna ocasión más para que me eches en cara el único favor que me has hecho.

Al llegar a la puerta, se encontró con Ro-

berto Gibbon que había oído la conversación de los dos esposos, y que se acercó a ella, diciéndole insinuante:

—No pida nada a su marido. Pídamelo a mí, que estoy dispuesto a concederle todo.



—Yo te prometo que no te daré ninguna ocasión más para que me eches en cara el único favor que me has hecho.

Aquel mismo día Clara Mirian, bailarina de uno de los más elegantes "cabarets", había sido detenida como contraventora de la ley seca y, para que la dejaran en libertad, le dijo al inspector de policía:

—Déjeme hablar por teléfono con el señor Quade. El será mi fiador.

Ante aquel nombre, el inspector no se atrevió a negarse a la petición de la joven que, una vez puesta en comunicación con la casa de su amigo, le dijo: :

—La policía ha hecho una inspección en el "cabaret" y estoy detenida como contraventora de la ley seca. Supongo que no tendrás inconveniente en salir fiador de mi personita.

Mac Quade comprendió en seguida que se trataba de la amiga de Roberto Gibbon, e inmediatamente accedió a su ruego diciéndole:

—Déjame hablar con el jefe. — Y una vez al habla con éste le ordenó: :

—Ponga en libertad a esta muchacha. Luego hablaremos.

La orden fué cumplida en el acto, y Clara, al salir, se volvió hacia los policías y exclamó graciosamente:

—¡Dios me conceda la felicidad de no volverlos a ver más!

Mientras tanto, Julia, ante la negativa de su marido, se dirigió a casa de su antiguo novio para que intercediera en favor de la señora Ryan, diciéndole:

—Antes de morir mi padre me rogó que velara por su amigo Ryan. He pedido a mi esposo que lo restituya al cargo que ocupaba y me lo ha negado. ¿No podría hacer nada por él?

—Procuraré esta misma noche hablar con el señor Quade sobre tu recomendado — contestó Daniel, estrechando cariñosamente las manos de

su adorada —. Es todo lo que puedo hacer. Ya sabes que tu esposo es el árbitro de la política del país.

*
**

Clarita Mirian era una de esas lindas mariposillas que, fascinada por el brillo deslumbrador de las luces del "cabaret", se sintió atraída hacia él, pero que, a pesar del ambiente vicioso en que vivía, había conseguido conservar su alma limpia de todo pecado y su corazón virgen a todo sentimiento de hipocresía.

En su preciosa cabecita de pajarillo loco, las ideas se sucedían con tan extraordinaria rapidez que, sin darle tiempo para pensarlas, las llevaba a cabo tal y como se le ocurrían.

Tan pronto como salió de la comisaría, se dirigió a casa de Mac Quade para darle las gracias por su intervención y el criado que salió a recibirle le dijo, cuando ésta preguntó por su señor:

—El señor Mac Quade no está en casa, señorita.

—No importa, le esperaré — contestó la muchacha, sentándose, decidida, en uno de los sillones del recibidor.

Y cuando Julia regresó, se encontró con aquella extraña visita, que le dijo al verla:

—He hablado por teléfono con el señor que vive aquí y vengo a darle las gracias por un favor que acaba de hacerme.

—Si me necesita, puede disponer de mí como guste. Soy de la casa — respondió Julia,

agradablemente impresionada por la simpatía que se reflejaba en el lindo rostro de aquella desconocida.

—La verdad... Yo de quien soy verdaderamente amiga es de Roberto Gibbon — explicó Clarita tomando cierta confianza.



—Procuraré esta misma noche hablar con el señor Quade sobre su recomendado.

—Entonces, no hay cuidado. Yo soy esposa del señor Mac Quade y puede decirme lo que desea.

—He venido en busca de Roberto, que me ha prometido llevarme a la Exposición de Modas de Lawson.

—¿Es usted acaso novia de Gibson? — le preguntó Julia, extrañada de que una chiquilla tan preciosa como aquella hubiera podido enamorarse de un ser tan despreciable como el amigo de su marido. Pero la muchacha la sacó de su error diciéndole:

—No señora, no soy su novia. Soy artista, pero una artista que quita la cabeza. Usted misma podrá apreciarlo.

Y ante el asombro de Julia, que apenas si podía contener la risa que le producía aquel verdadero diablillo, empezó a bailar y a cantar como una desesperada, sin advertir que en aquel momento entraba Mac Quade que, repuesto de la sorpresa que le causó aquella escena, siguió sin detenerse hacia su despacho.

Julia, al verlo entrar, se despidió de la bailarina diciéndole:

—He tenido mucho gusto en conocerla y espero que nos visitará con frecuencia. Y mientras se dirigía hacia donde estaba su marido, Clarita se acercó a Gibbon y le dijo:

—He venido a darte las gracias por lo que hayas podido influir para sacarme de la cárcel.

Ante el gesto de incompreensión de Roberto, comprendió la artista que su amigo no había intervenido en nada en su asunto y volvió a decirle:

—¿De manera que no has hecho nada por mí? Pues entonces, las gracias y los besos que iba a darte se los daré al señor Mac Quade

Y sin darle tiempo para reponerse de su sor-

presa, entró en el despacho de Jaime y exclamó abrazándose a él:

—Vengo a demostrarle mi gratitud por haberme arrancado de las garras de los guardias.

.....
Llegó la noche, y cuando Mac Quade se encontraba en unión de su esposa y de su íntimo amigo Roberto, entró un criado, anunciando la visita de Daniel Harrington.

A pesar de la amistad que unía a Gibbon con Mac Quade y de los muchos favores, incluso metálicos, que el primero había recibido de éste, la perversidad de su conciencia y sus insanos sentimientos no le permitían a Roberto detenerse a pensar en el respecto que le merecía la esposa de su amigo, y desde hacía tiempo venía cortejándola descaradamente, sin que hicieran mella en él los continuos desprecios de Julia.

Aprovechó el momento que quedaron solos para acercarse a ella y decirle, tratando de apoderarse de una de sus manos, que Julia retiró violentamente:

—¡Si vierais la rabia que siento cuando veo a Jaime trataros con el despego que lo hace! Yo sí que sería feliz con vuestro amor.

La entrada de Daniel impidió que continuase su cínica declaración amorosa, y salió de la estancia, dejando solos a Julia y al abogado, que dijo:

—Cumpliendo la promesa que te hice, vengo a hablar a Jaime sobre el asunto del señor Ryan.

Mientras hablaban los dos jóvenes, Roberto, llevado por su despecho, salió en busca de Mac Quade, y mostrándole desde lejos a la pareja que formaban su esposa y Daniel, le dijo intencionadamente:



—Vengo a demostrarle mi gratitud por haberme arrancado de las garras de los guardias

—Ahí está Julia con Harrington, su antiguo novio.

La intencionada frase de Gibbon suscitó los celos de Jaime que, a pesar de sus sentimientos ambiciosos, estaba plenamente enamorado de su esposa; y cuando Daniel le habló del motivo de su visita, exclamó indignado:

—¡Ryan!... ¡Ryan!... ¿Sabe que ese hombre me va atacando los nervios?

Sin atender a las excusas que el abogado pretendía darle, le volvió la espalda desdenosamente, para decirle a Julia, en tono de amenaza:

—No olvides que tengo la certeza de que no me quieres, pero también he tenido la seguridad de que no eres capaz de engañarme, y no quiero perderla.

Aquel insulto hirió el amor propio y la honradez de la fiel esposa que, sin poderse contener, salió de la sala, después de exclamar:

—¡Me has ofendido groseramente y te desprecio!

El gesto de su esposa, en vez de convencerlo de su fidelidad, hizo arraigar en él, con mayor fuerza, la punzante herida de los celos, y le dijo a Roberto:

—Te ruego que vigiles a Julia y a Harrington y me tengas al corriente de cuanto hagan.

—Ya lo hice por mi propia iniciativa y esa es la causa de haberme enterado de que fueron novios antes de casarse Julia contigo — repuso Gibbon —. Me parece que es a él a quien quiere ella.

El propósito de Roberto, engendrando los celos en el corazón de Mac Quade, era el de acentuar aún más la tirantez que existía entre los dos esposos, para aprovecharse de ella y conseguir el amor de Julia, sin comprender que la nobleza de los sentimientos de aquella mujer estaba muy por encima de todas sus infames insidias.

Clarita Mirian, como toda muchacha a los diez y ocho años, encerraba en su corazoncito un puro y verdadero amor por Billy, novio y víctima sentimental de las veleidades artísticas de la locuela chiquilla.

Como todas las noches, también aquella Billy esperaba, a la puerta del "cabaret", la salida de Clarita, que se acercó a él y le dijo:

—Vamos al Pájaro de Oro. Si quieres acompañarnos nadie te lo impedirá.

—Ya sabes que no gusto de verte rodeada de la gente que te acompaña — repuso su enamorado joven, pretendiendo retenerla. Pero la muchacha, repitiendo maquinalmente las palabras que tantas veces había oído pronunciar a sus compañeras, exclamó:

—Tú sabes que yo necesito dinero para hacerme una gran artista, y que Roberto Gibbon, que es el que invita, dispone por completo del bolsillo de Mac Quade.

Y arrastrada por las demás artistas, que se acercaron a ella en desenfundada algarabía, subió al coche donde estaba Gibbon, dejando a su novio presa del desconsuelo que le producía el ver el peligroso camino que emprendía la tan amada muchacha.

Gibbon, por interés propio y apoyado por las instrucciones que de Mac Quade recibiera, comenzó a vigilar estrechamente a Julia y a aprovechar aquel motivo para estrechar más aún el cerco amoroso en que pretendía encerrarla.

Una de estas veces intentó pasar de las pala-

bras a los hechos y cuando Julia le reprochaba duramente su indigno proceder, se presentó su marido, a quien le dijo:

—Tu amigo olvida con frecuencia que soy tu esposa.

—¿Roberto? Permíteme que no lo crea—respondió Mac Quade, seguro de la amistad de Gibbon.

Sin dignarse siquiera contestarle por aquel nuevo insulto que le hacía, dudando de la veracidad de sus palabras, salió Julia de la casa, dejándole solo con Roberto, que le dijo:

—Indudablemente se propone calumniarme para indisponerme contigo y recobrar su antigua libertad. Has sido demasiado ciego y confiado ayudando a Harrington en sus ambiciones políticas. Julia y él continúan amándose como antes de tu matrimonio.

Al salir Julia de su casa, la casualidad la hizo tropezar con Clarita que, sin poder ocultar la alegría que le producía aquel encuentro, corrió hacia ella, diciéndole con su graciosa y atolondrada charla:

—¡Qué casualidad! Precisamente en este momento iba pensando en usted. Si usted me lo permitiera, un día de estos traería a varias amigas mías y organizaríamos una alegre fiesta. Así podría apreciar mis méritos artísticos.

—No tengo en ello ningún inconveniente — le contestó Julia, sin poder explicarse el motivo por el cual aquella muchacha había llegado a interesarle tan vivamente.

Pasaron varios días y llegó por fin el de la

fiesta propuesta por Clarita y aceptada por Julia, que constituyó un verdadero alboroto para la tranquila casa del "honorable" jefe político de la región.

Cuando mayor era la algarabía, entró Mac Quade que, al ver a aquellas mujeres cantando y bailando, se acercó a su esposa y le dijo:

—Nunca te hubiera creído capaz de introducir esta clase de gente en mi casa.

—No veo ningún mal en que me distraiga un poco con la alegría de estas muchachas — repuso Julia, disculpándose.

En aquel instante llegó hasta Jaime Mac Quade la conversación de una de las invitadas, cuyas palabras hirieron su corazón como un afilado estilete.

La muchacha pretendía deshacerse de un impertinente adorador y le decía:

—¿Por quién me ha tomado usted a mí? Ni yo soy la señora Mac Quade, ni usted es el amigo íntimo de mi marido.

Aquella grosera alusión a las relaciones entre su esposa y el amigo que creyera fraternal despertó en Jaime un lejano recuerdo: la vez que su esposa acusó a Gibbon; y decidido a conocer toda la verdad, llamó aparte a Roberto y le dijo, pretextando un viaje:

—Tengo necesidad de ausentarme unos días. Marcho esta misma noche y te dejo por dueño de la casa. No te olvides de vigilar a Julia.

A viva fuerza pudo contener el miserable la alegría que le producían aquellas palabras, y

aceptó el encargo, con la hipócrita sumisión innata en él.

Ausente su marido, Julia, instada por Clarita, accedió a acompañarla al "cabaret" y Gibbon aprobó y formó parte de la excursión, creyendo beneficiar así sus particulares ambiciones.

Entre el ruido ensordecedor del "jazz-band", los taponazos del champaña y el humo de los cigarrillos orientales, transcurrían las horas en plena alegría, mientras que Jaime Mac Quade, adoptando todas las precauciones posibles para no ser visto, volvía de nuevo a su casa, para esperar de cerca la conducta del que, hasta entonces, había creído su verdadero amigo.

En el "cabaret" del Pájaro de Oro la fiesta tocaba a su fin, y Julia, deseando prolongarla unas horas más, propuso:

—Vámonos a mi casa; allí continuaremos la velada.

La idea fué aceptada con gran regocijo por parte de todos, y a ellos se unió Carlos Brow, uno de los compositores más en boga en los "cabarets" elegantes y que había sido presentado por Clarita aquella misma noche.

.....

Mientras que los invitados se divertían alegremente con la gracia picaresca de Clarita y con sus chistosas ocurrencias, Mac Quade, oculto en el balcón, seguía con vivo interés todos los incidentes de la fiesta, haciendo titánicos esfuerzos para contener su impaciencia y no descubrir su presencia.

Transcurridas algunas horas, fueron despidiéndose casi todos los de la reunión, y cuando Clarita fué a marcharse, Julia le dijo, ante el temor de quedarse a solas con Roberto:

—Como mi marido está ausente, puede quedarse a dormir conmigo.

Aceptó la muchacha, y cuando, seguida de Brow, entró en la habitación inmediata, Julia aprovechó la ocasión para decirle a Gibbon:

—¿Por qué no se interesa sinceramente por esa muchacha y la ayuda? En el fondo, es de una ingenuidad encantadora.

—No me intereso por Clara, porque ni en mi corazón ni en mi cerebro cabe más imagen de mujer que la de usted — repuso el falso amigo, intentando violentamente abrazarla.

Mientras que Julia luchaba desesperadamente para librarse de los brazos de Roberto, Mac Quade abrió sigilosamente el balcón, y la venganza fría e implacable tembló en su mano, para herir de muerte a quien tan villanamente lo traicionaba. Al ruido de la detonación producida por el arma de Jaime, Julia, sin detenerse a averiguar quién había sido el asesino, huyó espantada, a la vez que su marido arrojaba cerca del cuerpo de Roberto el arma homicida.

Clarita, que había quedado sola durante unos minutos, al oír el disparo y el grito de espanto de su amiga corrió hacia el lugar donde la había dejado y se encontró con el cuerpo ensangrentado de Gibbon.

La alarma cundió rápidamente en toda la casa, y cuando los criados y Julia volvieron al salón

encontraron a la muchacha que tenía en la mano la pistola que había recogido del suelo; y Brow, sin detenerse a pensar en lo que significaba su precipitada acusación, exclamó:

—¡Usted le mató, puesto que tiene el arma en la mano!



...Mac Quade abrió sigilosamente el balcón, y la venganza fría e implacable tembló en su mano...

Poco después entró Jaime, fingiendo que volvía de su viaje, y sin atender a las desesperadas súplicas de la inocente muchacha que, anegada en lágrimas se abrazaba a él protestando de aquella acusación, mandó llamar a la policía para que prendieran a la infeliz joven, diciéndoles:

—Mi amigo estaba en relaciones con esta mujer en cuya mano se encontró el revólver.

Julia no podía creer que Clarita hubiera sido capaz de cometer aquel crimen, y cuando ésta se abrazó a ella, jurándole que era inocente, le dijo, acariciándola, conmovida por su dolor:

—Te creo, hija mía, y juro que haré lo imposible para demostrar tu inocencia—. Y dirigiéndose a su esposo, que permanecía junto al cadáver de su amigo, fingiendo la pena que le causaba su muerte, exclamó:

—El dolor te ha cegado, Jaime, para que acusaras a esa pobre muchacha del crimen que se le imputa.

Y Clarita, acusada de asesinato en la persona de Roberto Gibbon, empezó a cumplir su calvario de dolor.

En la tristeza de su encierro, el único rayo de luz que alumbraba las tinieblas de su lóbrego calabozo eran las frecuentes visitas que le hacían Billy y Julia, que, convencida de su inocencia, le dijo, pocos días antes de la vista de la causa:

—Ten valor, Clarita. Cada día estoy más segura de tu inocencia, y hoy mismo iré a ver un gran abogado para encargarle de tu defensa.

Julia cumplió aquella misma tarde la palabra que diera a Clarita. Pero Daniel, que era el abogado a quien se había referido, al saber el objeto que la llevaba a su casa le contestó:

—Siento mucho no poder atender tus deseos, pero no puedo encargarme de la defensa de una persona de cuya culpabilidad estoy convencido.

Julia intentó todavía agotar el último recurso para que su antiguo novio se encargara de la defensa de la infeliz joven, y cogiéndole amorosamente las manos le preguntó:

—¿Estás realmente seguro de que esa infertunada muchacha es la autora de la muerte de Gibbon?

Y antes que pudiera contestar Harrington, se presentó Mac Quade, cuya conciencia, acallada por el grito de sus inhumanos sentimientos, no le permitía meditar la infamia cometida con aquella desdichada que sufría en la cárcel la pena de un delito cometido por él, y le propuso:

—Quiero que se encargue usted de la acusación, en mi nombre, en el juicio por la muerte de mi amigo Roberto.

Aceptó Daniel el encargo de su jefe político, y Julia, convencida de lo imposible que era el salvar a su amiga, salió de la casa del abogado con el alma transida de dolor, ante la infamia que iba a cometerse condenando a un inocente.

**

Llegó el día en que la infeliz Clarita había de comparecer ante sus jueces, y Harrington, cumpliendo el compromiso contraído con Mac Quade, se había hecho cargo de la acusación privada.

Ante la expectación de todos los que asistían a la vista de la causa, empezó el abogado su discurso condenando la vida de la acusada, diciendo:

“La acusada es una de tantas de esas mujeres a quienes el medio de perversión en que viven acaba por atrofiar todo sentimiento de honestidad y respeto a la Ley.

Estas mujeres viven del engaño y, cuando el engaño se niega a continuar siéndolo, no retroceden ni ante el crimen...”

Mientras tanto, Mac Quade, perseguido por el grito de su conciencia, que le acusaba de un doble asesinato, hacía esfuerzos supremos para acallarla, sin que lograra otra cosa que aumentar aún más su desesperación, ante la imposibilidad de sustraerse a él.

En la Audiencia había terminado el informe del acusador, y el juez ordenó comparecer a la señora Mac Quade, relacionada íntimamente con el trágico suceso, para decirle:

—Creo, señora, que usted tiene la clave del misterio, puesto que sus relaciones con la víctima le permiten precisar hasta qué punto la procesada pudo llegar a estar celosa.

Julia, aun cuando hubiera querido, nada podía aportar para el esclarecimiento del hecho, puesto que, hasta entonces, no había sospechado, ni remotamente, que las amorosas intenciones de la víctima hubiesen trascendido al público.

Daniel advirtió la angustia que se reflejaba en el rostro de su amada y, para evitar que continuase el sufrimiento a que se veía sometida con las interrogaciones del juez, dió por terminadas las pruebas testificales y, acusando nuevamente a la procesada, le ordenó:

—¡Confiese su crimen!

La desgraciada Clarita tuvo por un momento la trágica visión del final de su vida, si se confesaba autora de aquel delito del que era inocente; y anegada en el llanto protestó nuevamente exclamando:

—No puedo confesar lo que no hice, ni soy tan mala como el señor abogado afirma. Me hice artista porque quedé abandonada a la muerte de mi madre; pero juro que continúo siendo una muchacha honrada.

A pesar de la negativa de la acusada en confesar el crimen que se la imputaba, el jurado, atento a los datos que obraban en su poder y al brillante informe de la acusación privada, iba a declarar el fallo condenatorio de la procesada, cuando Mac Quade, sin poder resistir los gritos de su conciencia, apareció ante el tribunal exclamando:

—Solicito que se suspenda la vista de esta causa, hasta que mañana yo pueda presentar la prueba irrefutable de la inocencia de la acusada.

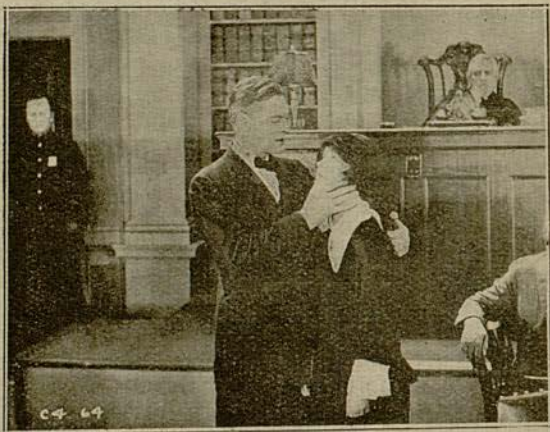
La influencia que ejercía en la vida política el nombre de Mac Quade, fué suficiente para que los jueces accedieran a su petición, y aquella misma noche, después de haber permanecido varias horas encerrado en su despacho, Jaime ordenó venir a los dos sirvientes de su mayor confianza y les dijo, presentándoles el testamento que acababa de hacer:

—He redactado mi testamento y deseo que lo firméis como testigos.

Hicieron los criados lo que les ordenaba su

señor, y mientras salían del despacho, llamó aquél por teléfono a Harrington y le dijo:

—Venga en seguida y traiga consigo a Clara. El verdadero asesino quiere confesar delante de ella su crimen y pedir a todos perdón.



...Mac Quade, sin poder resistir los gritos de su conciencia, apareció ante el tribunal...

Efectivamente, Mac Quade, decidido a confesarse culpable, y sin el valor suficiente para sobrevivir a la infamia que indudablemente caería sobre su nombre, adoptó la trágica resolución de quitarse la vida y apuró la venenosa pócima que ocultaba en el cajón de su mesa.

Cuando Julia, avisada por el criado que había notado la extraña excitación de su amo, acudió al despacho de éste, encontró a su esposo preso de las terribles convulsiones de la muerte, el cual, casi sin aliento, exclamó, cuando la tuvo cerca de él:

—Siempre has sido el único amor de mi vida; no pude obtener el tuyo y, antes de morir, es preciso que te confiese que...

Los efectos del veneno que corroía interiormente al desdichado, cortaron sus palabras; y Julia, adivinando toda la verdad, exclamó horrorizada:

—¡Tú mataste a Roberto! ¡Esa es la explicación de todo!

—Sí... yo fui el asesino... — suspiró débilmente su marido —; le maté, porque adiviné que me engañaba, tratando de robarme tu amor...

Julia, a pesar de la indiferencia que siempre había sentido por su esposo, se conmovió; su alma generosa y noble no le permitía llevar su odio más allá de la muerte, y, abrazada a él, le perdonó con toda la sinceridad de su corazón, procurando consolarlo en sus últimos momentos.

La vida de Mac Quade se escapaba por instantes y, en su dolorosa agonía, sólo tenía fuerzas para exclamar:

—¡Agua!... ¡Me abraso!...

Y cuando Harrington llegó, acompañado de Clara, encontraron sobre la mesa del suicida la declaración suscrita por él, confesándose autor de la muerte de Roberto Gibbon.

Al hacer testamento, Mac Quade había queri-

do compensar el sufrimiento causado a Clarita durante su encierro, dejándole la mitad de su fortuna; y la otra mitad a su esposa.

Una vez más, la nobleza de los sentimientos de la joven bailarina se mostró en toda su ple-



—¡Agua!... ¡Me abraso!...

nitud, rechazando, en favor de su amiga, aquella herencia que no le pertenecía, hasta que Julia se la hizo aceptar, diciéndole:

—Si no hubiese sido por su último arranque generoso, en lugar de heredar una fortuna hubieras sido condenada a la última pena. Acéptala, que en verdad te pertenece.

Billy, que no se había apartado de la cárcel ni un solo instante mientras su novia estuvo encerrada, la siguió, al verla salir, hasta el domicilio de Mac Quade; y ahora los dos jóvenes, tiernamente enlazados, sonreían dichosos, revestidas sus almas de un claro optimismo.

En otro grupo, Daniel, teniendo entre sus manos las de la mujer amada, creía que también para él había sonado la hora de la felicidad, y estrechándolas apasionadamente le preguntó:

—¿Podremos esperar que algún día luzca para nosotros el sol de nuestra dicha?

Julia no contestó. Cobijó su cabeza sobre el pecho del amado, y en sus ojos se reflejó el inmenso amor de toda su vida.

— FIN —

COMPRE USTED

el libro 70 de la Biblioteca LOS GRANDES FILMS

de La Novela Semanal Cinematográfica

LOS HOMBRES QUE PAGAN

Creación de

POLA NEGRI y ROBERT FRAZER

Próximo número EXTRAORDINARIO

SABADO, DIA 26 DE FEBRERO

la preciosa novela, de interesante y emocionante argumento

LA GRAN DUQUESA y EL CAMARERO

Magistral creación del célebre actor ADOLPHE MENJOU y de la belísima FLORENCE VIDOR

Éxito enorme en el COLISEUM

Postal-fotografía regalo: PAULINE STARKE

Compre Vd. el mismo SABADO, DIA 26 del corriente, este precioso NUMERO EXTRAORDINARIO

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

UN ÉXITO ENORME

están obteniendo las grandes novelas

SIN FAMILIA

por LESLIE SHAW

y

MARE NOSTRUM

por ALICE TERRY y ANTONIO MORENO

EDICIONES ESPECIALES

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

¡ Apresúrese a comprarlas antes no se agoten!

